

Umberto Eco,

Aventuras de un bibliófilo

Conferencia magistral en la Feria del Libro de Turín

Publicamos aquí la transcripción íntegra de la «Conferencia magistral» pronunciada por Umberto Eco en la Feria del Libro de Turín.

«Hace años, cuando se inauguró el Salón del Libro en Turín, no recuerdo si durante algunos años o solo el primero, había también una sección de antigüedades. No sé cuánto vendieron los anticuarios, en un salón frecuentado por un público que habitualmente busca cosas contemporáneas, ni si fueron ellos quienes decidieron no volver o si la dirección del salón dejó de invitarlos. Solo recuerdo que me dio mucha pena porque, cuando estaban allí, vi a grupos enteros de escolares recorrer su sección y detenerse ante vitrinas con incunables u otras ediciones de gran valor, y contemplar embelesados esos hallazgos nunca vistos, esos grabados sorprendentes, esas obras maestras de la tipografía. Aunque no se vendiera ni un solo libro, la presencia del libro antiguo en esta feria, tan frecuentada por jóvenes, tiene un gran valor educativo, y me alegro de que esta vez los anticuarios hayan vuelto. Por eso he decidido dedicar esta charla mía a la pasión por coleccionar libros antiguos o, en cualquier caso, raros.

¿Qué es la bibliofilia? Cuenta la leyenda que Gerberto de Aurillac, el papa Silvestre II, el papa del año mil, devorado por su amor por los libros, compró un día un códice introvable de la Farsaglia de Lucano, prometiendo a cambio una esfera armilar de cuero. Gerberto no sabía que Lucano no había podido terminar su poema, porque entretanto Nerón le había invitado a cortarse las venas. Así que recibió el precioso manuscrito, pero lo encontró incompleto. Todo buen amante de los libros, tras examinar el volumen recién adquirido, si lo encuentra incompleto lo devuelve al librero. Gerberto, para no privarse al menos de la mitad de su tesoro, decidió enviar a su corresponsal no la esfera completa, sino solo la mitad.

Me parece admirable esta historia, porque nos dice qué es la bibliofilia. Gerberto quería sin duda leer el poema de Lucano —y esto nos dice mucho sobre el amor por la cultura clásica en aquellos siglos que nos empeñamos en considerar oscuros—, pero si solo hubiera sido eso, habría pedido el manuscrito en préstamo. No, él quería poseer esas hojas, tocarlas, tal vez olerlas cada día, y sentir las como algo propio. Y un bibliófilo que, tras haber tocado y olido, descubre que el libro está incompleto, que le falta aunque solo sea el colofón o una hoja de erratas, experimenta la sensación de un coitus interruptus.

Ciertamente hay bibliófilos que coleccionan por temas e incluso leen los libros que acumulan. Pero para leer tantos libros basta con ser un ratón de biblioteca. El bibliófilo, en cambio, aunque atento al contenido, quiere el objeto, y que a ser posible sea el primero que salió de las prensas del impresor. Hasta tal punto que hay bibliófilos, a los que no apruebo pero comprendo, que, una vez que tienen un libro sin abrir, no cortan las páginas para no violar el objeto que han conquistado. Cortar las páginas de un libro raro sería como, para un coleccionista de relojes, romper la caja para ver el mecanismo.

El amante de la lectura, o el estudioso, ama subrayar los libros contemporáneos, también porque, al cabo de los años, cierto tipo de subrayado, una nota al margen, una variación entre rotulador negro y rotulador rojo, le recuerda una experiencia de lectura. Poseo una Philosophie au Moyen Age de Gilson de los años cincuenta, que me ha acompañado desde los días de mi tesis de licenciatura hasta hoy. El papel de aquella época era pésimo; ahora el libro se desmorona en cuanto se toca o se intenta pasar las páginas. Si para mí fuera solo una herramienta de trabajo, no tendría más que comprar una nueva edición, que se encuentra a buen precio. Incluso podría dedicar dos días a volver a subrayar todas las partes anotadas, reproduciendo los colores y el estilo de mis notas, que fueron cambiando a lo largo de los años y las relecturas. Pero no puedo resignarme a perder ese ejemplar, que con su frágil antigüedad me recuerda mis años de formación, y los que vinieron después, y que, por lo tanto, forma parte de mis recuerdos.

¿Hay que subrayar, aunque sea solo en los márgenes, los libros raros? En teoría, un ejemplar perfecto, si no es de primera mano, debe tener márgenes amplios, ser blanco, con páginas que crujan bajo los dedos. Pero una vez compré un Paracelso, de escaso valor desde el punto de vista anticuario, porque se trataba de un solo volumen de la primera edición de la obra completa compilada por Huser, 1589-1591. Si la obra no está completa, ¿qué gracia tiene? Pero, encuadernado en media piel de la época, con nervios en el lomo, un rubricado uniforme, firma manuscrita en el frontispicio, todo el volumen está entretejido de subrayados en rojo y negro y de notas marginales de la época, con títulos en mayúsculas rojas, y una antología latina del texto alemán. El objeto es precioso a la vista, las notas se confunden con el texto impreso, y a menudo lo hojeo con el placer de revivir la aventura intelectual de quien lo marcó con su propio testimonio manuscrito.

Hay bibliófilos y hay bibliomaníacos. Para establecer una línea divisoria entre la bibliofilia y la bibliomanía, pondré un ejemplo. El libro más raro del mundo, en el sentido de que probablemente ya no existan más ejemplares en libre circulación en el mercado, es también el primero, es decir, la Biblia de Gutenberg. El último ejemplar en circulación se vendió en 1987 a compradores japoneses por algo así como ocho mil millones —al tipo de cambio de entonces—. Si saliera a la luz otro ejemplar, no valdría ocho mil millones, sino ochenta, o mil.

Por lo tanto, todo coleccionista tiene un sueño recurrente.

Encontrar a una anciana de noventa años que tiene en casa un libro que quiere vender, sin saber de qué se trata, contar las líneas, ver que son 42 y descubrir que es una Biblia de Gutenberg, calcular que a la pobre le quedan solo unos pocos años de vida y necesita cuidados médicos, decidir sustraérsela de la avaricia de un librero deshonesto que probablemente le daría unos pocos miles de euros (y ella ya estaría encantada), ofrecerle cien mil euros con los que ella se acurrucaría extasiada hasta su muerte, y quedarse con un tesoro en casa.

Después de eso, ¿qué pasaría? Un bibliómano se quedaría con el ejemplar en secreto para sí mismo, y más le valdría no mostrarlo porque solo con hablar de ello se movilizarían los ladrones de medio mundo, y por lo tanto tendría que hojearlo a solas por las noches, como el Tío Gilito bañándose en sus dólares. Un bibliófilo, en cambio, querría que todos vieran esta maravilla. Entonces escribiría al alcalde de su ciudad, le pediría que la acogiera en el salón principal de la biblioteca municipal, pagando con fondos públicos todos los enormes gastos de seguro y vigilancia, y concediéndole el privilegio de ir a verla cada vez que lo desee, y sin hacer cola. Pero ¿qué placer sería ese de poseer el objeto más raro del mundo sin poder levantarse a las tres de la

madrugada e ir a hojearlo? Ahí está el drama: tener la Biblia de Gutenberg sería como no tenerla. Y entonces, ¿por qué soñar con esa utópica anciana? Pues bien, el bibliófilo siempre la sueña, como si fuera un bibliómano.

El bibliómano a veces roba libros. El bibliófilo también podría robarlos, empujado por la indigencia, pero por lo general el bibliófilo considera que, si para conseguir un libro no ha hecho un sacrificio, no hay placer de la conquista, sino solo una violación. El bibliómano, en cambio, roba libros con un gesto despreocupado mientras habla con el librero: le señala una edición rara en la estantería alta y hace desaparecer otra igualmente rara bajo la chaqueta; o roba partes de libros yendo a bibliotecas donde corta con una cuchilla de afeitar las páginas más apetecibles. Hay personas de buena cultura, condición económica satisfactoria, fama pública y reputación casi inmaculada, que roban libros por una pasión incontenible y por el gusto de la emoción, como los ladrones caballerosos que solo roban joyas famosas. El ladrón bibliófilo se avergonzaría de robar una pera del puesto del frutero, pero considera emocionante y caballeroso robar libros, como si la dignidad del objeto justificara el robo.

Luego está la biblioclastia. Hay tres formas de biblioclastia: la biblioclastia fundamentalista, la por descuido y la por interés. El biblioclasta fundamentalista no odia los libros como objetos, sino que teme su contenido y no quiere que otros los lean.

Es el caso de las hogueras o del incendio de la biblioteca de Alejandría que (según una leyenda que hoy se considera falsa) fue incendiada por un califa siguiendo el principio de que o bien todos esos libros decían lo mismo que el Corán y, por tanto, eran inútiles, o bien decían cosas diferentes y, por tanto, eran dañinos.

La biblioclastia por negligencia es la de tantas bibliotecas italianas, tan pobres y tan descuidadas, que no pocas veces se convierten en lugares de destrucción del libro; porque hay una forma de destruir los libros dejándolos deteriorarse o haciéndolos desaparecer en recintos inaccesibles.

El biblioclasta por interés destruye los libros porque, al venderlos por partes, obtiene mucho más que vendiéndolos enteros. ¿Cuánto conviene destrozar un libro completo? En un catálogo de Internet encuentro que un mapa extraído de una de las primeras ediciones de la *Cosmographia* de Sebastian Münster (1570) se ofrece a 1.200 euros. Ahora bien, la *Cosmographia* tiene unas cuarenta vistas de ciudades a doble página, 14 mapas geográficos a doble página, además de unas noventa xilografías en el texto. Sin tener en cuenta que los precios pueden variar según si el mapa o la vista ocupa una página simple, doble o está plegada varias veces, y que incluso se venden las páginas con pequeñas xilografías en el texto, seamos conservadores y, fijando una media de mil euros solo por cada mapa o vista a doble página, llegamos a la cifra de unos 50.000 euros. Ahora veo en catálogos recientes que un Münster completo puede llegar a valer incluso 30.000 euros, pero si se tiene suerte no es imposible conseguir un ejemplar decente por 20.000 euros.

Por lo tanto, si hoy se desmontara una *Cosmographia* de 1570, gastando 20.000 euros se obtendrían 50.000. Vale la pena, ¿no? Naturalmente, la copia completa que aparecerá posteriormente en el mercado, al haberse vuelto más rara, costará el doble, y el doble costarán las láminas sueltas. Así, de un solo golpe se destruyen obras de valor inconmensurable, se obliga a los coleccionistas a sacrificios insostenibles y se incrementa el precio de las láminas sueltas.

El bibliófilo colecciona libros para tener una biblioteca. Una biblioteca no es una suma de libros, es un organismo vivo con vida propia. Una biblioteca doméstica no es solo un lugar donde se coleccionan libros: es también un lugar que los lee por nosotros. Me explico. Creo que a todos los que tienen en casa un número bastante elevado de libros les ha pasado alguna vez vivir durante años con el remordimiento de no haber leído algunos, que durante años nos han mirado fijamente desde las estanterías como para recordarnos nuestro pecado de omisión. Con mayor razón ocurre esto con una biblioteca de libros raros, que a veces están escritos en latín o incluso en lenguas desconocidas, y además un libro antiguo, por muy bello que sea como objeto y con bellas imágenes, puede resultar también de lo más aburrido.

Sin embargo, de vez en cuando ocurre que un día cogemos uno de esos libros olvidados, empezamos a hojearlo y nos damos cuenta de que ya sabíamos todo lo que decía. Este singular fenómeno, del que muchos podrán dar fe, solo tiene tres explicaciones razonables. La primera es que, al haber tocado ese libro varias veces a lo largo de los años, para moverlo, quitarle el polvo, o incluso solo para apartarlo y poder coger otro, algo de su conocimiento se ha transmitido, a través de nuestras yemas de los dedos, a nuestro cerebro, y lo hemos leído táctilmente, como si fuera en braille. Yo no creo en los fenómenos paranormales, pero en este caso el fenómeno es de lo más normal, certificado por la experiencia cotidiana. La segunda explicación es que no es cierto que no hayamos leído ese libro: cada vez que lo movíamos le echábamos un vistazo, abríamos alguna página al azar, algo en el diseño, en la textura del papel, en los colores, hablaba de una época, de un ambiente. Y así, poco a poco, se absorbió gran parte de ese libro.

La tercera explicación es que, a medida que pasaban los años, leíamos otros libros en los que también se hablaba de aquél, de modo que, sin darnos cuenta, aprendimos lo que decía (ya fuera un libro famoso, del que todos hablaban, o un libro banal, con ideas tan comunes que las encontrábamos continuamente en otros lugares). En verdad, creo que las tres explicaciones son ciertas. Todos estos elementos, puestos juntos, «cuajan» milagrosamente y contribuyen todos a hacernos familiares con esas páginas que, legalmente hablando, nunca hemos leído.

Naturalmente, el bibliófilo, incluso quien colecciona libros contemporáneos, está expuesto a la trampa del imbécil que entra en tu casa, ve todas esas estanterías y exclama: «¡Cuántos libros! ¿Los ha leído todos?». La experiencia cotidiana nos dice que esta pregunta la formulan también personas con un coeficiente intelectual más que satisfactorio. Ante este ultraje existen, que yo sepa, tres respuestas estándar. La primera deja al visitante sin palabras e interrumpe cualquier relación, y es: «No he leído ninguno, si no, ¿por qué los tendría aquí?». Sin embargo, gratifica al importuno al halagar su sentido de superioridad y no veo por qué habría que hacerle ese favor.

La segunda respuesta sumerge al importuno en un estado de inferioridad, y suena así: «¡Más, señor, muchos más!». La tercera es una variación de la segunda y la uso cuando quiero que el visitante caiga presa de un doloroso estupor. «No», le digo, «los que ya he leído los tengo en la universidad, estos son los que debo leer antes de la semana que viene». Dado que mi biblioteca cuenta con cincuenta mil volúmenes, el desdichado solo intenta adelantar el momento de la despedida, alegando compromisos repentinos. Lo que el desdichado no sabe es que la biblioteca no es solo el lugar de tu memoria, donde conservas lo que has leído, sino el lugar de la memoria universal, donde un día, en el momento fatal, podrás encontrar lo que otros han leído antes que tú. Es un repositorio donde, en el límite, todo se confunde y genera un vértigo, un cóctel de la memoria erudita.

He aquí el contenido virtual de una biblioteca: *Monsieurs les anglais, je me suis couché de bonne heure. Tu quoque, alea! Licht, mehr Licht über alles.* Aquí se hace Italia o se mata a un hombre muerto. Soldado que huye, detente, eres hermoso. Hermanos de Italia, un esfuerzo más. El arado que traza el surco sirve para otra vez.

Italia está hecha, pero no se rinde. Bienvenido sea mayo, lucharemos a la sombra. Tres mujeres alrededor del corazón y sin viento. El árbol al que tendías la niebla en las colinas escarpadas. Desde los Alpes hasta las Pirámides fue a la guerra y se puso el yelmo. Frescas mis palabras en la tarde por esas cuatro bromas de tres al cuarto. Siempre libre sobre alas doradas. Yo, Guido, quisiera que se desvanecieran en el cielo. Conocí el temblor, las armas, los amores. Fresca y clara es la noche, y el capitán. Me ilumino, piadoso buey. A las cinco de la tarde me encontré en un bosque oscuro. Septiembre, vamos donde florecen los limones. Deshechas las suaves trenzas, una espuela, un destello: estos son los cadetes de Gasuña. Bronceado de luna, dime qué haces. Condesa, ¿qué es la vida?: tres lechuzas sobre la cómoda.

Hay gente que, al llegar al final de su vida, después de haber hecho cada día las mismas cosas, mira atrás y ni siquiera le parece haber estado en el mundo. Todo ha pasado con una rapidez aterradora. Pensad, en cambio, en un día o una semana en la que os hayan sucedido muchísimas cosas, una tras otra, todas emocionantes (ya sean alegrías, molestias o dolores): recordaréis horas o días llenos, tendréis la impresión de haber vivido muchísimo. Creo que esta es una de las razones por las que los hombres se han dedicado siempre a reconstruir el pasado, ya sea a través de los ancianos que contaban historias alrededor del fuego, ya sea a través de los libros. Alguien que, junto con sus recuerdos personales, también tenga el recuerdo de aquel día en que fue asesinado Julio César, o de la batalla de Waterloo, recuerda más cosas que quien no sabe nada de lo que les ha sucedido a los demás. Un libro nos permite vivir más y más intensamente que esas pocas décadas que la biología nos permite. En comparación con quien no lee, soy más viejo que Matusalén.

Al bibliófilo no le asustan ni Internet, ni los CD-ROM, ni los libros electrónicos. En Internet encuentra ya los catálogos de anticuarios; en los CD-ROM, aquellas obras que un particular difícilmente podría tener en casa, como los 221 volúmenes en folio de la Patrologia Latina de Migne. Pero también sabe que el libro tendrá una larga vida, y se da cuenta de ello precisamente al mirar con ojos amorosos sus propias estanterías. Si toda esa información que ha acumulado se hubiera registrado, desde los tiempos de Gutenberg, en soporte magnético, ¿habría logrado sobrevivir doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos, quinientos cincuenta años? ¿Y se habría transmitido, junto con el contenido de las obras, el rastro de quienes las tocaron, hojearon, anotaron, maltrataron y a menudo mancharon con huellas de pulgar, antes que nosotros? ¿Y se podría enamorarse de un disquete como se enamora de una página blanca y dura, que cruje bajo los dedos como si acabara de salir de la imprenta?

Un libro está pensado para ser cogido en las manos, incluso en la cama, incluso en un barco, incluso allí donde no hay enchufes, incluso donde y cuando cualquier batería se haya agotado, y soporta marcas y orejas, puede dejarse caer al suelo o abandonarse abierto sobre el pecho o las rodillas cuando nos entra el sueño, cabe en el bolsillo, se estropea, registra la intensidad, la asiduidad o la regularidad de nuestras lecturas, nos recuerda (si parece demasiado nuevo o

intacto) que aún no lo hemos leído... La función del bibliófilo es también la de dar testimonio del pasado y del futuro del libro.

Sin embargo, me doy cuenta de lo difícil que es hablar de bibliofilia a los no bibliófilos. No solo porque una cosa es ver un libro bonito y otra es oír hablar de él. La preocupación de un coleccionista de libros de valor es que, si coleccionara cuadros del Renacimiento o porcelanas chinas, los tendría en el salón y todos los visitantes quedarían embelesados. En cambio, el bibliófilo nunca sabe a quién mostrar sus tesoros: los no bibliófilos les echan un vistazo distraído y no entienden por qué un librito del siglo XVII en formato duodécimo, con las hojas enrojecidas, puede ser motivo de orgullo para quien ha adquirido el último ejemplar aún en circulación. Y a menudo incluso otro bibliófilo, si es coleccionista de libros de arquitectura renacentista, puede permanecer indiferente ante la colección más valiosa que existe de panfletos rosacruces del siglo XVII. Por esta razón, y para no aburrirnos más, he decidido dedicar el tiempo que nos queda a algunas digresiones sobre aspectos marginales y curiosos del coleccionismo, es decir, a los libros extraños, a veces delirantes, en cualquier caso poco fiables, que pueblan —si se sabe leerlos bien— los catálogos de libros raros.

Leer los catálogos significa descubrir presencias inesperadas, siempre que se tenga la paciencia de ir a buscarlas en aquellas secciones que los libreros suelen titular «Varia et Curiosa». Se descubren entonces libros cuyos títulos nos hacen soñar. Hace años, en un único catálogo titulado *Cabinet de curiosités* encontré exquisitas publicaciones médicas de la época positivista — como análisis sobre la locura de Rousseau, un Mahoma considerado como alienado de 1842, experimentos de trasplante de testículos de mono a hombre; prótesis testiculares de plata, las obras del célebre Tissot sobre la masturbación (como causa de ceguera, sordera, demencia precoz, etc.), una obrita en la que se denuncia la sífilis como enfermedad peligrosa porque es posible causa de tuberculosis, otra de 1901 sobre la necrofagia.

Luego, un tal Andrieu, sobre el palillo de dientes y sus inconvenientes, 1869. Un tal Ecochoard, sobre las diversas técnicas de empalamiento, así como Foumel, sobre la función de los golpes con el bastón (1858), donde se proporciona una lista de escritores o artistas famosos que han sido azotados, desde Boileau hasta Voltaire y Mozart. Un tal Berillon (citado como ejemplo de hombre de ciencia cegado por el nacionalismo) en plena guerra mundial (1915) escribe *La polychesie de la race allemande*, donde demuestra que el alemán medio produce más materia fecal que el francés, y de olor más desagradable. Un tal Chesnier-Duchene (1843) elabora un complejo sistema para traducir el francés a jeroglíficos de nueva acuñación, con el fin de hacerlo comprensible a todos los pueblos. Tal Chassaignon escribe en 1779 cuatro volúmenes cuyos títulos bien merecen ser saboreados: *Cataractes de l'imagination, déluge de la scribomanie, vomissement littéraire, hémorragie encyclopédique, monstre des monstres*. Este señor, a quien los bibliógrafos definen unánimemente como desquiciado, juega con toda la literatura universal, desde Virgilio hasta los escritores más delirantemente marginales, para arrastrarlos al torbellino de su propio delirio, extrayendo citas, episodios curiosos y observaciones que llenan páginas y páginas de notas, pasando de los peligros de la crítica de la modestia al elogio de la alabanza, de las profecías de Ezequiel a las raíces de la regaliz.

También había encontrado una obrita de 1626 sobre la *Orden de los Cornudos Reformados*, que describe el estatuto y la ceremonia de iniciación de estos adeptos, y remonta el origen de los cornudos a la Torre de Babel. ¿Estaban todos locos los autores de estos libros? Utilizo con razón

la palabra «locos» porque existen libros de historiografía de los locos literarios, que tratan de autores «chiflados», no solo en el ámbito de la literatura, sino también de las ciencias. Entre los más conocidos, cito *Les fous littéraires* de Gustave Brunet, Bruselas 1880. Nuestro Brunet no hacía una distinción clara entre obras demenciales y obras (incluso muy sensatas) de autores que en su vida privada padecían trastornos psiquiátricos. Pero sin duda consideraba que la obra de un loco era una locura, y que una obra que a él le parecía una locura presuponía un autor loco. Por lo tanto, resulta obvio que, junto a un Henrion que en 1718 había presentado una memoria sobre la estatura de Adán, Brunet citara incluso a Sócrates, Newton, Poe y Walt Whitman. Hay que decir que Brunet tenía su propia lógica. En cuanto a Sócrates, se preguntaba si no habría que clasificar entre los locos a un señor que afirmaba tener un demonio familiar. Concluía que, en cualquier caso, se trataba de monomanía.

Entre los herederos de Brunet, el más famoso en la actualidad ha sido André Blavier, quien publicó un volumen de casi mil páginas sobre *Les Fous Littéraires*, catalogando mil quinientas obras de locos literarios. Y he aquí, en este repaso de horrores maravillosos, inventores de lenguas universales, apóstoles de nuevas cosmogonías, profetas, visionarios, nuevos mesías, cuadradores del círculo, inventores de máquinas de movimiento perpetuo, filántropos que proponen palingenesis sociales, higienistas que celebran las ventajas de caminar hacia atrás, médicos que han estudiado la cantidad de «animalitos» nocivos que habitan en el esperma humano, un sociólogo que propone un método para utilizar socialmente a los asesinos, un tal Madrolle que discute sobre la teología de los ferrocarriles, la obra de Félix Passon, *Demonstration de l'immobilité de la terre*, de 1829, la *Réfutation du système de Copernic* de Pierre Sindoco, de 1878; la obra de un tal Tardy que demuestra cómo nuestro globo gira sobre sí mismo en cuarenta y ocho horas, el *Essai d'une nouvelle hypothèse planétaire* de Van de Cotte (1851), donde se demuestra que, si se acepta a Copérnico, una ciudad nunca podría ser bombardeada porque, al permanecer la bomba al menos unos segundos en el aire antes de caer, entretanto la superficie terrestre se habría desplazado.

Otra categoría de libros curiosos que algunos aficionados tratan de coleccionar es la de los autores a los que, en un antiguo ensayo, había llamado autores de la Cuarta Dimensión. Definía como Primera Dimensión la de la obra en forma de manuscrito, y como Segunda Dimensión la de la obra publicada por una editorial seria. Considerando como Tercera Dimensión la del éxito, identificaba como cuarta dimensión la de los autores que se autoeditan, normalmente publicados por editoriales especializadas en explotar estos talentos, acertadamente incomprendidos. He extraído material narrativo de ello al hablar de las editoriales Manuzio y Garamond en mi *El péndulo de Foucault*, pero si prestáis atención a los anuncios en los periódicos de infinitos premios de poesía para debutantes, veréis cómo sigue prosperando. Personalmente, he reunido una pequeña biblioteca de autores que se autoeditan que tiene todos los requisitos para entrar en el mercado de antigüedades. Una de mis piezas más preciadas es el *Dizionario biografico di personaggi contemporanei* de Domenico Gugnali, Gugnali editore, Modica. Busquemos la entrada «Cesare Pavese». Es precisa y sobria: «Pavese, Cesare. Nacido en Santo Stefano Belbo el 9-9-1908. Fallecido en Turín el 27 de agosto de 1950. Traductor, escritor». Poco más adelante tenemos, en cambio: «Paolizzi, Deodato. Hombre de pluma y hombre de letras; he aquí a Deodato Paolizzi. Desde su más temprana juventud destacó por sus poemas espontáneos, pero especialmente por sus escritos incisivos en los que ya se intuía al abogado del mañana». A continuación, se incluyen reseñas sobre su célebre novela *Il destino in marcia* y notas sobre su

actividad civil y política. Siempre en la «P», tras tres líneas sobre «Piovene Guido», sigue la extensa biografía de Pusineri Chiesa Edvige, maestra de primaria de Lodi, poetisa y escritora, autora de *Mesti palpiti*, *Alba serena*, *Cantici*, *Il legionario*, *Sussurri lievi*, *Aurei voli*, *Chiarori nell'ombra*, *Le avventure di Fuffi*. Es redactora milanese de la revista «Intervallo», que, por casualidad, es editada por Gugnali, quien publica el diccionario en cuestión. La entrada va acompañada de la foto de Pusineri Chiesa, que aparece en todo el esplendor de su opulenta madurez, junto a la imagen de la «delicada poetisa sarda» Puligheddu Michelina.

Las biografías de Gugnali nos revelan un universo literario rico y fecundo y, a menudo, esbozan la personalidad de un escritor en unas pocas pinceladas esenciales: «Cariddi Walter. Nacido en San Pietro Vernotico, Brindisi, el 4-2-1930, residente allí (conocido). «Poeta, crítico y publicista», «tiene una vocación por los estudios serios unida al compromiso por los éxitos más notables».

Está Leonida Gavazzi (*Cromatograma tridimensional de la existencia* y *La telaraña del ser*), Gargiuto Gaetano, fundador del movimiento poético del Armonismo (que también envía poemas mecanografiados en edición numerada a los periódicos), Maira Rosangela («participó en el concurso Brava e Bella convocado entre las estudiantes sicilianas del “Progreso italo-americano”... premiada con un aparato de radio»), Montanelli Menicatti Elena («una de las poetisas más apreciadas de nuestro tiempo»), Mignemi Gregorio (autor de *Temì svolti*), Moscucci Cittadino («autor de muchas cancioncillas musicalizadas por el maestro Cotogni y cantadas en la radio por el tenor Sernicoli») y, para terminar, Scarfò Pasquale (autor de *Il signore delle camelie*, de quien se sabe que «contable y doctor en ciencias empresariales, siempre prefirió, sin embargo, a su profesión, la vida militar»), así como un Umani Giorgio, autor, además de de *L'ineffabile orgasmo*, de un volumen titulado *Umani 1937* y, como dice la biografía con cierta redundancia, «profundo estudioso de los problemas humanos».

Tengo los dos volúmenes de Carlo Cetti, *Difetti e pregi dei Promessi Sposi* y *Rifacimento dei Promessi Sposi*, de los cuales el segundo es el cumplimiento de los propósitos críticos del primero. Cetti argumenta que Manzoni habría hecho bien en reescribir una vez más su novela, haciéndola menos pesada al reducir en un tercio el número de sílabas. «¿Por qué decir “lago de Como” y “mediodía” en lugar de “Lario” y “sur”? ... En lugar de decir “todo de enseñadas y golfos”, es mejor decir “todo de enseñadas y golfos”, evitando la doble repetición de esa a. «Así, Cetti consigue reescribir la novela en tan solo 196 páginas (publicadas por el propio autor, Como, 1965), desde el comienzo, que reza «Esa rama del Lario...», hasta el final, que dice sobriamente, tras la muerte del padre Cristoforo, «el pobre joven, abrumado por la emoción y la alegría, lloraba». Cabe señalar que no se trata de un simple resumen, sino de una auténtica transcripción con la supresión de las sílabas sobrantes. Vincenzo Costanza («admitido al examen de docencia libre por caso especial de alta ciencia», de Agrigento) en *Il pecoronismo incantevole* in Italia, donde, sin embargo, la polémica abandona rápidamente a Manzoni para sostener que no se dice Treccàni sino Trèccani.

Así como hay un poeta y un narrador, también hay un filósofo de cuarta dimensión. La figura que se destacó en este campo hacia mediados del siglo XX fue la de Giulio Ser-Giacomi, de Offida (Ascoli Piceno), quien sembraba el desconcierto en los congresos filosóficos y fue autor de volúmenes de gran envergadura.

Entre ellos, sigue siendo célebre la correspondencia con Einstein y Pío XII, que recopilaba en cientos de páginas todas las cartas enviadas por el autor a Pío XII y a Einstein (sin obtener, naturalmente, respuesta alguna) y en las que se refutaban a la vez tanto la metafísica cristiana como la relativista. En las reflexiones finales del decimoséptimo congreso de filosofía (donde, al igual que en los congresos anteriores, las intervenciones de Ser-Giacomi suscitaban una justificada preocupación), el filósofo afirmaba: «Los numerosos argumentos sobre la historia, que yo planteé y resolví en *Alea iacta est* y que, por lo tanto, eran “anticipados”, nadie se ha interesado en discutirlos, al igual que los demás expuestos en *Gutta cavat lapidem*, que me preocupé de hacer llegar a muchos estudiosos antes del Congreso... La filosofía necesita una nueva savia, esa savia que yo le he dado desde hace tiempo... » Ser-Giacomi concluía su intervención en el congreso haciendo un llamamiento para que se le ayudara a encontrar un mecenas «para la reimpresión, en miles de ejemplares, de todos mis escritos».

Mi colección de autores de cuarta dimensión sigue enriqueciéndose. Hace unos años recibí, como «prueba de imprenta —muestra gratuita», el libro de Romano Pizzigoni, *Rivolta di un uomo tranquillo*. El libro contiene cartas que Pizzigoni envió prácticamente a todo el mundo. Al editor Baraghini para discutir la relatividad y quejarse de que el *New York Times* y el *Los Angeles Times*, a los que había enviado muchísimos artículos, hubieran retomado libremente sus ideas; a Bush (padre) para invitarle a no presentarse de nuevo a las elecciones; a los diputados y senadores para protestar contra el festival de San Remo; a Enzo Biagi sobre la existencia de Dios; al rey de Arabia Saudí, a Saddam Hussein para darles consejos sobre el equilibrio mundial; a Giorgio Bocca sobre el comunismo; a la redacción de *L'Espresso* para pedirles que dejaran de enviarle gratuitamente el semanario (lo cual me sorprende porque ni siquiera me lo envían a mí); a la revista *Nature* sobre la desaparición de los dinosaurios; a la Fundación Nobel para instarles a no premiar a los sinvergüenzas; a diversas instituciones para acusar a Hawking de haberlo plagiado; a Ceronetti sobre el nazismo; a Tortora, ya enfermo de cáncer, indicándole los medios psicológicos para no morir; a Canale 5 y, por extensión, a Berlusconi para ofrecerle colaboración; a Bobbio sobre dictadura y democracia; a Alberoni sobre la escolarización obligatoria, y así sucesivamente.

Quién era Pizzigoni nos lo contaba él mismo en una página autobiográfica. Entonces tenía cincuenta y seis años, estudios primarios, había escapado de la represión de la escuela obligatoria, había sido obrero en Alfa durante dos meses, había rechazado la cadena de montaje, había emigrado a París, había trabajado en la ANSA como operador de teletipos, se había convertido en reportero gráfico durante diez años, y luego había iniciado otra actividad no especificada que le permitía construirse una casa con vistas al mar, pero « los buitres, al acecho, disfrazados de jueces, abogados y banqueros, lo despojarán, dejándolo casi desnudo en medio de una montaña entre poblaciones semisalvajes». Ahora, en protesta contra el mundo, realizaba largas huelgas de hambre (pero —escribía— diferentes a las de Pannella, quien, en cuanto la gente se daba la vuelta, «se partía de risa a más no poder»). Para no tener que pagar impuestos, prefería no ganar nada, logrando vivir con cinco mil liras al día (sobre las que no sé si pesaban también los gastos postales).

No carecía de ambiciones, y pedía ser nombrado dictador por un período de un año. Su programa constaba de unos sesenta puntos, entre los que se incluían: la prohibición de emitir bonos del tesoro durante algunos años; el despido de al menos el setenta por ciento del personal estatal; la abolición del permiso de conducir; supresión de mutuas y pensiones, impuestos de

todo tipo, consulados y embajadas (que se sustituirían por contactos radiofónicos y televisivos); libertad de comercio y exportación de objetos de arte; cierre casi total de los hospitales y creación de un cuerpo médico que enseñara a los ciudadanos cómo no enfermarse; lactancia materna obligatoria; escuelas lo más diversificadas posible... Y estos eran propósitos que también podrían haber seducido a nuestro nuevo gobierno. Pero parecía difícil conciliar los intereses de lo nuevo con estas otras decisiones: abolición del fútbol profesional; prohibición de importar carne, tabaco y alcohol; prohibición del chicle; abolición de la caza; eliminación del ochenta por ciento de los automóviles; en momentos de crisis, obligación de las empresas de renunciar a los beneficios; abolición de toda la publicidad televisiva; salario mínimo para todos los ciudadanos italianos, desde el nacimiento hasta la muerte. Por no hablar de propuestas que avergonzarían a cualquier grupo político, salvo a la Liga Lombarda, como la abolición de las fuerzas armadas, la expulsión de todos los extranjeros del territorio nacional o el traslado de la capital a Merano.

No es que a Pizzigoni le faltara sentido de la realidad: las copias piloto de su libro contenían formularios con los que los lectores podían suscribir obligaciones de un millón cada una (no más de setenta en total, para cubrir los gastos de impresión), totalmente reembolsables al alcanzar las primeras cincuenta mil copias vendidas. Era un riesgo para los lectores, en el desafortunado caso de que el autor solo lograra vender 49.000 ejemplares. Pero podía merecer la pena, ya que el segundo párrafo del contrato preveía que cada suscriptor recibiera intereses de tres millones al alcanzar las primeras 450.000 copias vendidas. Una propuesta honesta, porque 450.000 copias a 5.000 liras suman 2.250 millones, y tres millones por setenta son 210 millones. Así que habríamos estado ligeramente por debajo del diez por ciento de intereses. Pero, ¿qué habría pasado si Pizzigoni hubiera logrado la hazaña de vender solo 449.999 ejemplares?

Por otra parte, no seamos severos con los locos literarios. ¿Cuántos, a quienes hoy consideramos grandísimos, no fueron considerados locos en la época de su debut? Como llamamiento a un mayor respeto por los locos literarios, recordaré algunos episodios históricos; id a leer dos recopilaciones, *Rotten Rejections* de André Bernard y *Experts speak* de Christopher Cerf y Victor Navasky, traducida en 1985 por Frassinelli como *La parola agli esperti*. Son autores que han sabido localizar y hojear en la biblioteca no solo viejos archivos editoriales, sino también ensayos críticos olvidados e incluso reseñas en diversas revistas. «Quizá sea un poco torpe, pero no consigo entender cómo un señor puede dedicar treinta páginas a describir cómo da vueltas en la cama antes de conciliar el sueño». Con esta justificación, un lector de la editorial Ollendorf rechazó *La recherche* de Proust.

En 1851, *Moby Dick* fue rechazado en Inglaterra con el siguiente veredicto: «No creemos que pueda funcionar en el mercado de la literatura infantil. Es largo, de estilo anticuado, y nos parece que no merece la reputación de la que parece gozar». A Flaubert le rechazaron *Madame Bovary* en 1856 con esta carta: «Señor, ha enterrado su novela en un montón de detalles que están bien descritos, pero que son totalmente superfluos». A Emily Dickinson le rechazaron su primer manuscrito de poemas en 1862 con: «Dudas. Las rimas son todas incorrectas». Se rechazó *Rebelión en la granja*, de George Orwell: «Imposible vender historias de animales en EE. UU.». Sobre *El diario de Ana Frank*: «Esta chica no parece tener una percepción especial, es decir, la intuición de cómo se puede elevar este libro por encima de un nivel de simple curiosidad».

Pasando a la crítica militante, esto es lo que Eugène Poitou, en la *Revue des deux mondes* de 1856, decía de Honoré de Balzac: «En sus novelas no hay nada que revele dotes imaginativas

particulares, ni la trama, ni los personajes. Balzac nunca ocupará un lugar destacado en la literatura francesa». En cuanto a Emily Brontë: «En *Cumbres borrascosas*, los defectos de Jane Eyre [de su hermana Charlotte] se multiplican por mil. Pensándolo bien, el único consuelo que nos quedará es la idea de que la novela nunca se hará popular» (James Lorimer, *North British Review*, 1849). Emily Dickinson: «La incoherencia y la falta de forma de sus poemillas —no sabría definirlos de otra manera— son espantosas.» (Thomas Bailey Aldrich, *The Atlantic Monthly*, 1982).

Herman Melville: «*Moby Dick* es un libro triste, sórdido, plano, francamente ridículo... Y ese capitán loco, además, es de un aburrimiento mortal» (*The Southern Quarterly Review*, 1851). Walt Whitman: «Walt Whitman tiene la misma relación con el arte que un cerdo con las matemáticas» (*The London Critic*, 1855). Pasemos a la música. Sobre Bach, Johann Adolph Scheibe afirmaba en *Der critische Musikus*, 1737: «Las composiciones de Johann Sebastian Bach carecen por completo de belleza, de armonía y, sobre todo, de claridad». Louis Spohr reseñó en 1808 la primera ejecución de la Quinta de Beethoven con: «Una orgía de estruendo y vulgaridad». Ludwig Rellstab (*Iris im Gebiete der Tonkunst*, 1833) decía que Chopin «si hubiera sometido su música al juicio de un experto, este la habría destrozado... De todos modos, me gustaría hacerlo yo». La *Gazette Musicale de Paris*, en 1853, escribía que «Rigoletto es deficiente en el plano melódico. Esta ópera no tiene ninguna posibilidad de entrar en el repertorio».

En cuanto a la incompreensión entre genios, Émile Zola, con motivo de la muerte de Baudelaire, escribía en su necrológica: «Dentro de cien años, *Les fleurs du mal* solo serán recordadas como una curiosidad». En el *Diario* de Virginia Woolf se lee: «Acabo de terminar de leer el Ulises y lo considero un fracaso... Es prolijo y desagradable. Es un texto tosco, no solo en sentido objetivo, sino también desde el punto de vista literario». Chaikovski escribía en su diario sobre Brahms: «He estudiado a fondo la música de ese sinvergüenza. Es un bastardo sin cualidades». Terminemos con una sola cita del mundo del espectáculo. Un ejecutivo de la Metro, tras una prueba de Fred Astaire, en 1928: «No sabe actuar, no sabe cantar y es calvo. Se le da un poco bien el baile». Lo cual, pensándolo bien, no era del todo erróneo. Y, sin embargo, era un error.

Ahora se me podrá preguntar por qué, tras haber empezado de forma tan elevada y severa sobre el valor del libro y los placeres refinados de la bibliofilia, he concluido luego con una serie de agradables trivialidades —es decir, como se decía antaño, tonterías y chorradas—. Es que quería animar a mis oyentes, no digo a leer catálogos, ni a comprar *Cosmografías* de Münster por veinte mil euros, sino al menos a deambular por las bibliotecas con la esperanza de hacer algún encuentro curioso, sabiendo que allí no solo se encuentran los productos del genio, a veces no muy divertidos, sino también los productos de la locura, de cuya alabanza ya se han ocupado otros.

En definitiva, me gustaría que a mis oyentes les sucediera lo que le sucedió al marqués Fuscaldo, personaje inmortal de Achille Campanile que, de joven, al abrir por casualidad un libro en la inmensa biblioteca paterna, encontró entre sus páginas un billete de mil liras; durante el resto de su vida pasó cada día hojeando página por página las otras decenas de miles de volúmenes, con la esperanza de repetir aquel afortunado hallazgo, y así se convirtió, ya en su vejez, en el hombre más culto y erudito de su tiempo».

DOSSIER [Feria del Libro 2007](#)